

Laín en la Universidad de Madrid

Se ha escrito, sobre todo, a propósito de febrero de 1956 en la Universidad de Madrid. Pero ni sabemos todo aún al respecto (a pesar de la magnífica idea de Roberto Mesa, de publicar los textos y materiales de archivo pertinentes), ni apenas se ha procurado la inserción de aquel hecho de primer orden —la rebelión sin temores— en el contexto inmediato anterior de la vida académica madrileña, nada despreciable en sí mismo, por lo que hace a la desviación creciente del proyecto original del franquismo en cuestiones de Universidad y enseñanza superior.

El objeto de las siguientes líneas es bien modesto: procurar, aunque sea de manera necesariamente presurosa, la reinserción del hecho histórico en su lugar preciso; advertir sobre la infinita gama de matices que permitirá el conjunto, por fuerza, el día en que contemos con una recuperación minuciosa del ambiente cultural e institucional de los primeros cincuenta; plantear, por último, algunas de las aporías —eran varias, tal vez— que el «falangismo liberal» contenía en sus términos (por fuerza, como ya señaló en su día, acertadamente, J.L. Aranguren).¹

Sostenemos aquí que, sin restar protagonismo alguno a la acción estudiantil que desencadenó el proceso político del año 56, aquella sólo se hizo posible en un contexto de desazón colectiva —universitaria y, fundamentalmente, profesional— que desató a su vez los temores del Sindicato Español Universitario, impotente para contener, por sí mismo, el empuje de una transformación social no deseada, es obvio, por los poderes públicos, y que, dada la permeabilidad ideológica creciente —lenta, pero inexorablemente—, había de buscar antes o después el enfrentamiento político. La crisis del SEU fue —se ha dicho más de una vez— elemento de primer orden en la gestación de los hechos. Pero —como los mismos falangistas y la propia policía destacaron, con intención evidentemente alejada de la nuestra—, sólo en un marco de permisividad —incluso de apoyo cierto y valeroso de las autoridades académicas más comprometidas— (marco reforzado al máximo en los momentos previos a la crisis de febrero) iba a ser posible —por desgracia para la credibilidad del franquismo entre los intelectuales— aquella primera confrontación de fuerzas que aceleró, de modo determinante, la organización

¹ Estas páginas son resumen, actualizado y vertebrado de manera algo distinta, de los capítulos correspondientes al período en nuestro libro, inédito, *Bosquejo histórico de la Universidad Complutense. Hemos incluido para esta ocasión algunos materiales de archivo, procedentes del Archivo Histórico Universitario de la Universidad de Madrid, secciones de Rectorado y Secretaría. Y nos hemos beneficiado, lógicamente, de la edición documental contenida en Jaraneros y Alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid (ed. a cargo de Roberto Mesa), Madrid, Universidad Complutense, 1982.*

de la oposición de izquierdas en nuestro país, y, al tiempo, la liquidación decidida tanto de visionarios como de reformistas, para ser sustituidos, sin piedad ni paréntesis, por la omnímoda presencia de la tecnocracia opusista, mucho más proclive a la salvaguarda intacta de las corazas burocráticas.

Incluso habría que convenir en que la expectación que precede, a lo largo de todo el invierno de 1955, al estallido de febrero, va preñada de soluciones imposibles, cualquiera que sea su origen; lo cual no quita que, si no en sus dimensiones globales, sí en menor medida o minimizado, la posibilidad o amenaza del conflicto se halle presente en buena parte de las reflexiones privadas o colectivas, políticas o internas y académicas —de un sector (reducido, pero no por ello, quizá, menos operativo y verbalizador) de los universitarios. Y en que esa presencia, pequeña pero constante, de la idea reformista en las aulas, habría de fomentar, espoleándolas hasta la radicalización o deteniéndolas en su propia tibieza y voluntarismo, muchas de las inquietudes que, en lo más consciente del estudiantado se despertaban, un día tras otro.

Incidencia, por tanto, de ese «error» que para la perdurabilidad incólume del primer franquismo supuso la acción combinada y acorde de Ruiz Giménez en Educación y Pedro Laín en el Rectorado de la Universidad madrileña. E incidencia, a nuestro entender, mucho más relevante, estructuralmente, de lo que muchas veces se ha puesto de relieve, a no ser por los medios perjudicados por aquella gestión, que inmediatamente pasaron la factura. Pero lo que quisiéramos resaltar, ante todo, es que sin desprestigiar el aporte biográfico e individual de los protagonistas del asunto, hemos de insistir aquí, primordialmente, en la fractura institucional que la rebelión estudiantil dejó al descubierto, inflexible la Universidad en sus retóricas y viejos vicios, pero no por ello —regla de oro— abocada inexorablemente a la transformación. Dicho de otra manera: la sociedad española se movía hacia adelante, con todas las dificultades que se quiera, y halló en la Universidad de Madrid un escenario para la representación; la Universidad, a su vez, se encontraba incómoda —al menos relativamente— en su corsé, y al tratar de reacomodarse, posibilitó en su seno tal manifestación. Pero apenas se benefició de ella.

Lo cual, por otra parte, sólo podría sorprender a quienes no participen, más o menos de cerca, del incómodo —pero eficaz y resistente— delimitador externo que hemos denominado (quizá más gráficamente que apropiadamente) «corsé».

Partiremos primero de un breve repaso a la situación previa, a la puesta en escena de las reglas del juego nationalsindicalista en la Universidad, para pasar en seguida a las circunstancias inherentes a su quiebra, desde dentro. La necesaria limitación de este trabajo no ha de permitirnos insistir demasiado en la incorporación de datos de segundo orden o poco conocidos. Pero se va haciendo inexcusable, ya, su ordenación e interpretación.

a) La Universidad rota (1939-1951)

Cuando las tropas franquistas conquistaron Madrid, en la primavera de 1939, hallaban una ciudad destrozada que había tratado desesperadamente de sobrevivir a la catás-

trofe. Buscar entonces dónde se hallaban, a qué nivel y en qué términos se encontraban sus instituciones educativas, podría parecer a primera vista superficial y fútil, cuando otras necesidades materiales más urgentes, inmediatas, iban cubriendo el espacio abandonado por el horror y el agotamiento.

Los propios defensores de la ciudad, durante el largo tiempo de guerra, hicieron de los asuntos de la educación objeto de controversia y bandera revolucionaria; pero, muy probablemente, era imposible ofrecer entonces algo mucho mejor de lo poco que se tenía. El vencedor, por su parte, fijó unos esquemas rígidos que tenían la misión de acomodar inflexiblemente la ideología del pueblo español a las premisas del nuevo código político. La Universidad fue considerada un bastión de primer orden, pero no iba a tardar mucho en escapársele de las manos.

Ya en el pensamiento falangista anterior a la guerra estaba clara la preeminencia otorgada a la institución universitaria, como formadora de élites, en lo cual no se apartaba apenas del resto de los proyectos de instrumentalización universitaria que, desde mediados del XIX, venían punteando la discutida relación entre universidad, política y sociedad. Recuperaba el falangismo, en cierta medida, aquella función primordial y directriz que la Universidad de Madrid, la Central, había desempeñado en el pensamiento y la práctica del primer liberalismo, pues —aplicado al sistema educativo—, recortaba de manera rotunda la autonomía y ponía en marcha, de nuevo, los más potentes rodillos de la centralización. La intención diferenciadora se perfila, sin embargo, con respecto al pasado reciente, exhibiendo una fuerza desgarradora y un visceral rechazo hacia la implantación institucionista que significó a Madrid y su Universidad en la década de los treinta. Pero respecto a los comienzos de la construcción liberal, conforme a los moldes que forjara Moyano, no hay en el proyecto falangista de educación superior, muy probablemente, esfuerzo distanciador alguno. Sino todo lo contrario. Lo cual es fácilmente comprensible si nos hacemos cargo de que todo el esfuerzo del reformismo académico se había orientado, durante más de siete décadas, hacia su abolición o, al menos, hacia la obtención de los mayores márgenes posibles de liberalización. Y ello a pesar de que el legislador franquista no quiere —o no puede— reconocerlo.

Si tomamos la ley de 10 de febrero de 1940, por la que se establecía solemnemente la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria, presidida por el Jefe del Estado y con varias vicepresidencias (una de las cuales ocupaba el rector), comprenderemos en seguida, y de una sola vez, qué es lo que pretendía cercarse, acotarse, dentro del recinto universitario. Con eminente capacidad simbólica —tanto como pragmática, es evidente—, se procuraba ahora el mismo espacio territorial que en su día propiciase Primo de Rivera. Pero la Universitaria madrileña se hallaba todavía empapada de la sangre de los combatientes, y era precisamente allí, sobre la derruida mole de los edificios que apenas si permitieron en su día albergar a profesores y estudiantes, donde iba a asentarse el solar de lo que pretendía ser —tan pretenciosamente— aurora de una nueva cultura. De todos aquéllos, muchos no volverían ya más a familiarizarse con sus paredes. Otros, apenas sin pensarlo, iban a verse dentro de ellas, ocupando puestos de responsabilidad superior a sus competencias —en tantas ocasiones—, y sin que nada ni nadie los forzase jamás a abandonarlos. Bastó, en la mayoría de las ocasiones, con no estorbar la decisión política de los seuístas, quienes no tardarían mucho en convencerse de que no era fácil